

MIEDO AL AÑO 2000

Robin Clarke tiene ganas de tomar el aire. El año que viene, con una veintena de amigos, piensa fundar una comunidad, una más, en una granja del País de Gales, Gran Bretaña, donde se dedicará al cultivo de legumbres y cereales y a la cría de gallinas y corderos.

Esto no tendría ninguna importancia si Clarke fuese un hijo de papá o el presidente de una importante compañía que hubiera decidido de pronto olvidarse durante unas cuantas semanas de sus dieciocho teléfonos. Pero resulta que Robin Clarke es un especialista británico en cuestiones científicas, un investigador de la UNESCO, que acaba de publicar dos libros seguidos: «¿Es para mañana la guerra biológica?» y «La carrera de la muerte». De todos los gritos de alarma lanzados por los ecólogos del mundo son los preferidos por Clarke los más agudos. Y los más aterradores también. Este antídoto extrañador de treinta y cuatro años quiere ahora «reinventar una nueva tecnología adaptada a la Naturaleza». Clarke estudió Física, Química y Matemáticas en la Universidad de Cambridge.

«Los hippies —dice— no tienen ningún conocimiento técnico. No saben cómo sobrevivir, cómo producir energía o alimentos. Consecuencia: la mayor parte de las comunidades por ellos fundadas apenas duran». Clarke está convencido de que la suya sí durará y podrá servir de modelo a otras: «Es inevitable. El agotamiento de las reservas de recursos naturales obligará a los hombres a buscar un nuevo modo de vida». Y añade: «Por ejemplo, la agricultura. ¿Qué energía se utiliza actualmente para cultivar los campos? La gasolina, el petróleo. Cuando ya no quede más petróleo en el Sahara o en Texas, cuando se hayan agotado los pozos, habrá que encontrar una solución. ¿Por qué no empezar a buscarla ahora mismo?». Por eso, Clarke se esfuerza actualmente en poner a punto un nuevo tipo de tecnología, una «soft technology», que nada destruya y que no envenene la atmósfera: en lugar de quemar gas-oil, esa tecnología se aprovechará de la energía del sol o del viento; en lugar de utilizar los pesticidas, dejará que se desarrollen y se neutralicen entre sí toda clase de insectos.

No se trata de un capricho de ricos: según Clarke, esta nueva tecnología sería poco costosa y podría por lo tanto utilizarse en el Tercer Mundo. Claro está que el experto de la UNESCO no quiere volver a partir de cero. Medio futurólogo —por las cifras que emplea constantemente— medio profeta —por sus vuelos líricos—, Robin Clarke es sobre todo un científico, no un nostálgico de la Prehistoria. Lo que él preconiza no es el retorno a las fuentes y el ahorcamiento de los sabios, sino «una reorientación radical del progreso científico que no debe servir ya más para la violación

tecnológica del planeta ni para la manipulación de los hombres». De seguir las cosas como hasta ahora, las consecuencias podrían ser catastróficas.

Siempre ha habido maníacos del Apocalipsis: hace ya siglos que nos vienen anunciando el final del mundo y, por lo menos hasta ahora, la Historia no les ha dado razón. En «La carrera de la muerte», Robin Clarke nos asegura que no es disparatado tener miedo del año 2000. «Aparte de la amenaza nuclear —dice en su libro— es evidente que nuestra obsesión en torno al crecimiento económico, la explotación desenfadada de los recursos naturales de la Tierra, el problema de la demografía galopante y de la pobreza, el creciente foso entre ricos y pobres, tendrán como consecuencia una explosión de guerras que, bajo una forma u otra, pondrán fin abruptamente a la gran experiencia de la evolución humana».

Para Clarke no es la superpoblación la mayor amenaza para el Universo.

Y sin embargo, cada media hora vienen al mundo más de siete mil niños, mientras que el número de fallecimientos que se producen en el mismo tiempo es de tres mil solamente: lógicamente dentro de veintiocho años debería haber en el mundo siete mil millones de personas. Sólo que si hacemos una proyección retrospectiva, tenemos que en la segunda mitad del siglo XX la guerra aniquilará a más de 400 millones de seres humanos. En los cincuenta años siguientes, las víctimas de la guerra serán diez veces más. En una palabra, al ritmo actual, toda la población del globo habrá sido exterminada por la guerra de aquí a un siglo.

«Si la especie humana no modifica su comportamiento —asegura Clarke— hay muchas posibilidades de que el final llegue antes de lo previsto. Crecen sin cesar las probabilidades de que se produzca un holocausto general. Pongamos que aumentan en un 2 por 100 cada año. ¿Qué ocurrirá a este ritmo dentro de treinta años?».

Y mientras tanto, pueden sobrevenir accidentes. Un grupo de investigadores de la Universidad norteamericana de Ohio han enumerado cinco causas posibles de accidentes:

- 1) Accidente producido en el sistema de defensa.
- 2) Aberraciones humanas.
- 3) Escalada de un conflicto limitado en su origen.
- 4) Guerra catalítica.
- 5) Falso cálculo militar o diplomático.

Además los riesgos aumentan con la proliferación de las armas nucleares. Y cada vez va a resultar más fácil entrar en el «club atómico»: «El arma atómica será cada vez menos costosa. Actualmente, para fabricar una bomba H, hay que disponer primero de una bomba A, proceso muy costoso. Si se encuentra un procedimiento para fabricar directamente la bomba H, podría reducirse el coste de ésta en un 90 por 100».

Si las predicciones de los malos profetas tienen hoy más probabilidades de realizarse que en la Edad Media, es porque la ciencia y la tecnología están prácticamente al servicio de la guerra.

«Cuando no nace directamente de la curiosidad bélica —afirma sistemáticamente Robin Clarke—, todo descubrimiento científico está por lo menos financiado por la defensa nacional».

Al complejo militar-industrial se suma ahora el militar-científico. En los Estados Unidos, uno de cada dos científicos o ingenieros dedicados a la investigación, trabajan para los militares y, como explica Clarke, «prácticamente todos los créditos concedidos a la investigación son absorbidos por los programas espaciales, nucleares o militares propiamente dichos. La perspectiva de una guerra nuclear en el espacio y el océano ha sido la causa —por otro lado inconfesada— del progreso técnico realizado en los veinte últimos años».

¿Cuál es el porcentaje de participación financiera militar en los programas de investigación espacial? «Un 100 por 100», contesta tranquilamente Clarke, quien añade: «Si no está financiada directamente por el Ejército, por lo menos se realiza para el Ejército». No se trata de una afirmación gratuita. La mitad de los satélites en circulación por el espacio son —en principio— civiles: lo que ocurre, según Clarke, es que «sus objetivos militares son mantenidos en secreto». Varios satélites meteorológicos lanzados por la NASA, organismo espacial civil americano, sirvieron para guiar misiones de bombardeo sobre Vietnam del Sur. Los astronautas del programa «Gemini» tuvieron, entre otras, la misión de localizar las bases de «missiles» camufladas.

«Lo que ha impulsado la exploración espacial —dice Clarke— es un deseo loco de destruir». No es pura casualidad el que la carrera a la Luna comenzase al final de la última guerra: Wernher von Braun, acompañado de 126 sabios que habían trabajado para los nazis, se encontró de pronto, con una tonelada de documentos secretos, en el centro experimental de White Sands, en Nuevo México. Von Braun había fabricado para Adolf Hitler el cohete «V2» que con su tonelada de carga explosiva debía aterrizar a Londres. El científico alemán es hoy el «padre» de la conquista espacial americana. «El programa espacial americano es, en cierto sentido —asegura Clarke—, un programa bélico destinado a poner la tecnología al servicio de la lucha por la supremacía a la que se libran los Estados Unidos y la Unión Soviética». Esto puede aplicarse igualmente a otros países.

Medio panteísta, medio proudhoniano, Robin Clarke sueña con una ciencia totalmente liberada de ocultas intenciones bélicas. Clarke cree también que a veces hay que rechazar las aportaciones de la ciencia. Porque no es necesario ir siempre más lejos. Sólo entonces se conseguirá por fin una paz duradera. Lo cual no significa aceptar el «statu quo»: «¿Reina verdaderamente la paz —se pregunta Clarke— en África del Sur?». ■ FRANZ OLIVER GIESBERT.

Los «hippies» no tienen ningún conocimiento técnico. No saben cómo sobrevivir, cómo producir energía o alimentos.

